

IZTUETA Y SAN SEBASTIÁN

José GARMENDIA ARRUEBARRENA

Juan Ignacio de Iztueta es personaje sorprendente y muchas veces desconcertante en el panorama de fines del siglo XVIII y segunda mitad del XIX. Su muerte ocurrió en Zaldibia, en su casa natal, a sus 78 años, el 18 de agosto de 1845, no sin antes haber testado, y héchose inmediatamente después el inventario de sus bienes y de sus libros.

Oportunidad

Rica tiene que ser tal efemérides para seguir aclarando las etapas oscuras de su vida, para conocer lo más cerca posible los aspectos de su original trayectoria vital. Por que si algo llama la atención en su figura es precisamente la múltiple y polifacética variedad que la adorna: bertsolari, dantzari, escritor, historiador, antropólogo, etc, etc. No cabe la menor duda de que fue un intuitivo, que se adelantó a su época en muy diversos aspectos. Si no que lo digan su libro de las danzas, el cuaderno de las melodías e, incluso, *Guipuzcoaco condaira*, la primera historia en euskera sobre Guipúzcoa.

Figura paradigmática, modelo de amor a todo cuanto se refiere al bien de su país. No es poco el mérito. Esperamos que serán muchos los que estudien su rica personalidad.

Nuestro intento

Queda claro en el título que encabeza este estudio: Iztueta y San Sebastián. Fuera de que Iztueta vivió muchos

años en la bella Easo, quedan sus abundantes referencias en sus escritos, tanto en el libro de las danzas, como en su *Historia de Guipúzcoa*. Nuestro propósito es pues recoger y ofrecer ordenado este rico tesoro. Ya hemos indicado el entrañable amor que profesó a San Sebastián, con largos y provechosos contactos, no sólo en la provincia, sino en la capital guipuzcoana dentro de la Diputación y Ayuntamiento.

Hemos de recoger aquí, no sólo las etapas de su vida en la ciudad, sino sus alusiones, recuerdos, memorias de hechos que tanto abundan en su obra.

San Sebastián ha correspondido al amor de este hombre a la ciudad, habiéndole consagrado un monumento y el conocido paso de Iztueta, por lo que se hace merecidamente presente.

Ignoramos su primera visita a San Sebastián, lo que debió ocurrir en su juventud. Algo de esto nos da a entender su primer casamiento con Joaquina M.^a de Linzuain, que era natural de Urnieta. Cabe preguntarse cuándo y dónde la conoció. Hernani cercano a San Sebastián, es otro pueblo que conocía bien.

Su estancia en San Sebastián

Después de seis años de cárcel, de su casamiento el 9 de febrero de 1808, acusado también como uno de los que se distinguieron entre los colaboradores o amigos de los franceses, todavía el 16 de diciembre de ese año se halla en Azpeitia. Es la fecha del bautizo de su hijo (segundo) habido de la Kontxesi, la de los versos amorosos.

Es el hecho que Iztueta para morar en Azpeitia se vio multado con la obligación de pagar 100 ducados, cifra muy alta para sus flacos bolsillos, más y el 24 de abril de 1810 se traslada con su mujer Concepción Bengoechea y sus dos hijos desde la villa de Azpeitia a San Sebastián.

El 23 de febrero de 1814, el escribano azpeitiarra José Domingo de Vicuña nos suministra los siguientes datos antropológicos: “Pelo largo castaño, cejas del mismo color,

nariz afilada, frente mediana, barba cerrada, cara hermosa, estatura baja”.

Ya tenemos a Iztueta en Donostía. Sabemos la actividad a la que se consagró para vivir. Esta época no nos es tan oscura, al tener conocimiento de algunos documentos referidos desde 1810 a 1813.

Sin duda no le fue fácil este comienzo de su vida en la ciudad donostiarra. Sin duda vivió sus alegrías y penas. Nunca, porque lo recuerda su testamento de 1845, olvidó la deuda que le debía el gobierno francés por los colchones, mantas y algunas cosas más. Sabemos que en los meses del asedio de San Sebastián estaba en San Juan de Luz, al otro lado de la frontera del Bidasoa. Los franceses habían abandonado Guetaria en la madrugada del 1 de julio de 1813. Porque sabemos que del 28 de febrero al 12 de mayo de 1814 y del 19 de mayo al 4 de noviembre estuvo ocho meses de cárcel en Tolosa. Y en cuanto a los días de reclusión en su casa de San Sebastián, de 12 de mayo al 15 de junio de 1814, en total un mes y trece días.

En junio de ese año, de 1814, es en San Sebastián dueño de una tienda. Es significativa la carta del 3 de agosto de ese año que desde Pamplona le dirige Martín Onrubia, en la que le dice: “Mi amigo y señor: Alégrome de que se halle bien, *ya en el seno de su familia, con tranquilidad*”.

No duró mucho su matrimonio con Kontxesi, ya que ésta falleció el 28 de marzo de 1815, a la edad de 39 años, habiendo otorgado testamento el 18 del mismo mes, y en el que se habla de la casa que habitaban y otra que estaban construyendo. Iztueta llegó a ser dueño de dos casas: una en calle Bildósola, llamada también de “Puyuelo bajo”, y otra en la de “Tripería”, que corresponde a la de San Juan. Vivió en compañía de dos hijas del primer matrimonio, más con los tres habidos de la Kontxesi, que eran M.^a Ignacia, Valentín Eusebio y Francisco. Estos dos últimos, ya aparecen en la Habana, en la temprana edad de 14 años.

Josefa Francisca se casó el 11 de agosto en la parroquia de San Vicente de San Sebastián con don Joaquín Ramón Soraiz, viudo y escribano de San Sebastián.

Después, y no sin algún lance, M.^a Antonia (vuelve a casarse) en la misma parroquia el 2 de enero de 1818 con Manuel París, residente en el caserío “Lobaina”, parroquia del Antiguo. Con ocasión de las fiestas de Santa Fé, el 6 de octubre, aparece Iztueta por primera vez en Zaldibia, tras casi 20 años de ausencia.

Muy metido se hallaba Iztueta en el mundo de la danza, ya que en 1819, un joven de San Sebastián le pidió que cantara y copiara *el tamborilero Latierro* las melodías que sabía el folklorista para que no se perdieran y se guardaran en el archivo provincial. Recibió también el encargo de adiestrar en las danzas a los muchachos de la Misericordia. El mismo Iztueta nos manifiesta que enseñó a más de 50. Es en estos años cuando recibe la ayuda del *músico Pedro Albéniz*, de Latierro y del *organista de Hernani, Manuel Larrarte*.

Suponemos que hacia 1822 comenzó a escribir Iztueta su libro de Danzas, que se había de publicar en 1824. Las fuentes que cita (Jovellanos, Zamácola y otros autores) hacen pensar que Iztueta tenía trato y confianza con gente de la Diputación u otros afamados en el mundo cultural. A estos años hay que remontar su amistad con *Agustín Pascual Iturriaga*, el “*Samaniego vasco*” por sus fábulas. Con él se encontraba con frecuencia en el monte Oriamendi, yendo el primero desde Hernani e Iztueta desde San Sebastián. Teniendo en cuenta que Iturriaga estuvo exiliado en Francia desde 1833 a 1839, e Iztueta, fuera ya de San Sebastián desde 1837, hay que considerar los papeles y cartas de Iturriaga, de fecha anterior a esos años.

En 1824 –fuera del triunfo del ideal realista y derrota del constitucionalismo (Iztueta era realista, absolutista o servil) año en que concede “permiso a su hija para un baile majestuoso, pues, sin otro objeto que revivir nuestros bailes, la enseñé con toda formalidad”– ve salir de los tórculos de la imprenta de Ignacio Ramón Baroja su libro de danzas. Por mediación del exilado en Londres Pablo de Mendivil, publica al año siguiente una presentación-resumen de su libro en Londres.

Todavía en 1824, y sin solución, le duele la no cobranza de 33.776 reales de los víveres a las tropas francesas durante el sitio de la Plaza en 1813, además de otros 10.000 reales por 400 mantas que suministró en aquella época.

El 16 de octubre de ese año es nombrado celador de la Puerta de Tierra, de San Sebastián, cargo que ocupó diez años. Es una pena que hayan desaparecido “tres libros de apuntes de los pasaportes y cartas de seguridad tomados en el tiempo que estuvo empleado”, como leemos en el inventario de libros y papeles que se hizo al día siguiente de su fallecimiento, en agosto de 1845.

En 1826, más bien en 1827, ve la luz el libro prometido de las melodías de las danzas y asistió a la presencia de Fernando VII en la inauguración de la plaza de la Constitución. Una vez más, Iztueta se deshace en elogios al Rey, muy camaleonamente como acostumbra. El 3 de marzo de 1828 contrae su hija Ignacia –fruto ilegítimo de sus amores con la Kontxesi– matrimonio con José Antonio de Azpiazu en la parroquia de San Vicente, colaborador, con viajes a Francia y a Inglaterra del príncipe Napoleón. En fecha 8 de abril, un mes más tarde de la boda de su hija Ignacia, ya sin hijos en su compañía, contrae Iztueta sus terceras nupcias con M.^a Ascensión de Urruzola, de Zizurquil. El contaba con 60 años y ella con 20. Debió de ser un acontecimiento en la ciudad, al menos por la curiosidad de ver casar a un proveccto con una joven.

En marzo de 1829 nace la primera hija de esta unión, llamada Martina Antonia. Este mismo año escribe un librito de 40 páginas o cartas en el que ataca a fray Bartolomé de Santa Teresa. Esta va dirigido al presbítero don Juan José Moguel. En 24 de diciembre de 1831 nace su segundo hijo, Pedro, que debió de morir joven, ya que no figura en el testamento de Iztueta. Son estos años para Iztueta de gran actividad literaria, como se colige de las cartas a Santiago de Unceta, diputado; a Ramón de Guereca, secretario de la Diputación y Juntas, correspondencia con el francés Lecluse, con Juan Bt.^a de Arrizabalaga, secretario de la

Diputación, con Pascual Agustín Iturriaga y Pablo de Ulíbarri, el pastor de Abando. El nombre de Iztueta sonaba y ya era objeto de consulta, con encargos que incluso le llegaban de París.

En 1832 fue invitado por un señor de Madrid para dar una conferencia sobre vascuence en la Casa de Cultura de don Vicente Vinuesa.

Después de 10 años en el ramo de Policía, es nombrado Alcaide de Corregimiento en 1834 hasta 1835. Iztueta sustituía al anterior alcaide, por haberse sumado al bando carlista y echarse (o haberse echado) al monte con las armas. Iztueta por dificultades de la guerra, no cobró hasta más tarde el sueldo de 1835.

No sabemos cuál fue el motivo que le impulsó a dejar su cargo tan pronto. El historiador Murugarren lo atribuye a su edad, ya que contaba con más de 68 años.

Se da el hecho de que Iztueta abandona San Sebastián con su familia para establecerse en su pueblo natal Zaldibia, al menos en el mes de julio, si no antes, ya que en agosto de 1837 firmó una escritura en Villafranca de Oria u Ordizia, dando autoridad a su mujer para trasladarse a Villabona con el asunto de cobrar la herencia.

La pregunta que irremediamente cabe hacerse es ¿cómo siendo él liberal –pues bajo este signo estaba San Sebastián–, pudo pasarse a la comarca del Goierri en poder carlista?

Existe también una carta de Iztueta, dirigida al ministro Juan Bt.^a de Erro a Tolosa y desde Zaldibia, pidiéndole ayuda. Con pena debió dejar Iztueta la ciudad donostiarra tras veinticinco años de permanencia en ella, en la que vivió tantos acontecimientos.

Grande fué el amor que Iztueta mostró a San Sebastián. Muy patente queda ello recorriendo el inventario de libros que dejó a la hora de su fallecimiento. Supo reunir en su biblioteca muchos temas que tocaban de cerca a la ciudad.

En Zaldibia tuvo que empezar vida nueva, contando muchos años ya. Pero a decir verdad poco es lo que hemos dicho de lo que él escribió sobre San Sebastián.

San Sebastián en el libro de las danzas

Se hace necesario recurrir a sus obras para dar con estas referencias. Las escogemos en el orden en que están redactadas y en castellano según la traducción por el P. Santiago Onaindía, publicada por la Gran Enciclopedia Vasca. La numeración responde a la página de la mencionada traducción.

Comencemos por decir que Iztueta hace la ofrenda de su libro a la muy noble y muy leal, estimable y estimada ciudad de San Sebastián. De dos ofrendas e introducciones que conocemos prevaleció la primera. Iztueta era un ilustrado y con frases henchidas y barrocas hace esa ofrenda, ciertamente a nuestro parecer no muy sincera, porque estuvo fuera de ella cuando su quema e incendio el 31 de agosto. El sabrá donde andaba y qué causa defendía.

Se pregunta en ella en qué estado se encuentra. Su afirmación es que “has quedado al presente reducida a la necesidad y desgracia”. Dice que “anteriormente se encontraba sin indigencia, bien provista y surtida de todo lo necesario; contenta y alegre al mismo tiempo; que se creía feliz aquel día desgraciadamente memorable del 31 de agosto de 1813, en que alegre y amable acogió a los aliados. Pero éstos le infligieron toda suerte de maldad y afrentas. El pillaje –continúa– fue enorme, todo lo llevaron a saco; que le forzaron las honestas hijas con gran ultraje, no respetando ni a los niños inocentes ni a los respetables ancianos. Y finalmente te arrasaron, siendo pasto del fuego, bella y amable ciudad de tan alto renombre en el mundo entero”.

“Entre todos estos males e infortunios –escribe–, el más doloroso y mortal fue ver a sus hijos bien amados, yendo sin rumbo de pueblo en pueblo..., sin morada ni alimento, errantes, en situación miserable. Como consecuencia de tan terrible infortunio a sus queridos hijos les sobrevino una epidemia muy sucia, a consecuencia de la cual morían todos los días, por lo menos diecinueve o veinte personas”.

Para ahuyentar esa epidemia pone el remedio decisivo y vital en introducir y avivar el deseo de melodías, holgura, alegría y esparcimiento. “En la ciudad pobre y arrasada –dice– salieron a la plaza pública tus nobles hijos e hijas buscando remedio y que a toda Guipúzcoa ha proporcionado un bien inapreciable, resucitando las alegres danzas y melodías antiguas del país. La honrosa espatadantza, la honesta brokel-dantza, la admirable de rastrillos, la preciable gizon-dantza, el alegre villancico... se han puesto de nuevo en tu nueva y hermosa plaza”.

Termina esta lírica ofrenda, diciendo que sería su mayor placer ofrecerle algo de las bellas danzas y dulces melodías que “tú has tratado de resucitar”, y se despide: “Adiós, madre mía. Quédome suplicando al cielo te dé larga vida, salud y dicha perenne, así ahora como en adelante, conservando los memorables usos y costumbres que te legaron los queridos antepasados...”

El trato que Iztueta da a San Sebastián es de un hijo con su madre, “ama onetsia”. (Véanse pgs. 27-29-31-33-35 y 37).

En el prólogo escribe que “hace cinco años cabales (año 1819) recurrió a mí un joven ilustre de esta ciudad, suplicándome le hiciera el favor de enseñar al tamborilero Latierro todas las tonadas antiguas que yo conocía, para que éste las copiara y guardara en el archivo de la ciudad, a fin de que se asegurase su conservación futura. Otro noble ciudadano –continúa–, que ostentaba un alto cargo, me dijo igualmente que le sería sumamente grato el poder enseñar a los muchachos que entonces estaban en la casa de Misericordia los diversos géneros de danzas de Guipúzcoa, con su melodías, para que con ellas renaciesen las hermosas costumbre de nuestros mayores. He hecho... lo que ambos me suplicaron con insistencia y que ha sido motivo de gran contento para él el ver que en la plaza nueva de San Sebastián, al cabo de mucho tiempo de silencio, se airean a placer las diversas danzas (pgs. 43 y 45).

En el apartado de las danzas que se bailaban en Guipúzcoa en tiempo de los tamborileros iletrados que él

“ha visto en la parte vieja de San Sebastián, los días de fiesta, ocho tamborileros tocando música y que era su ocupación ordinaria (pág. 73). Un poco más adelante que, “excepto en San Sebastián y en Andoain, en los pueblos está olvidada la hermosa danza de broqueles... y que la noble ciudad de San Sebastián representa todos los días de Corpus la honrosa espatadantza (pág. 85). Que el año 1660, en que Felipe IV asistió a la procesión del Corpus que se hizo en San Sebastián, que bailaron esta “dantza” de espadas 100 hombres (pág. 99).

Tratando de la característica de los grandes cultivadores del tamboril de hoy escribe que “sólamente Latierro de San Sebastián toca bien, es notorio, la sonata del baile de hombres en la danza de espadas y que también ha aprendido las viejas melodías, pero no sabe si muestra muchas ganas de ejecutarlas (pág. 111).

Hablando sobre los tambores escribe que “un día don Pedro Albéniz, sabio organista de esta ciudad, me aseguró que los tamborileros estaban echando a perder con su tambor todos los aires de nuestro país; el cual me preguntó además en qué forma solían tocar los antiguos y, al exponerle yo lo que sabía sobre el particular, me manifestó que era mejor la forma de los antiguos que la de los modernos” (pág. 127). Y añade: “siente éste un cariño tal por las melodías viejas, que las ha copiado todas cantándoselas yo, para aumentar así su caudal de conocimientos y que de ese modo, desde la noche de Navidad hasta la fiesta de Reyes, todos los años las toca en la iglesia, y que en la aristocrátísima ciudad poquíssimos quedan sin oirlas”.

Un poco más adelante, después de decir que en Guipúzcoa son muy pocos los que no aprecian sus veneradas danzas, recuerda que la víspera de San Agustín del año pasado estuvo maravillado en *los campos de Santa Teresa*, disfrutando de la espléndida alegría de los nobles aldeanos y se retiró a su casa cuando bailaban su octava danza, al son del tamboril de uno de esos que llaman “silvestres”, traído de Igueldo a su costa (pág. 137). Añade que interpreta maravillosamente el aire de los espatadantzaris

el tamborilero, de San Sebastián, y que de él puede aprender quien desee bailarlo con precisión (pág. 213).

Tratando de los deportes rurales, escribe que entre los jóvenes de San Sebastián, quien siente afición al juego de la pelota largo y que juega bien es el hijo de Irazusta y esto gracias a su padre (pág. 333).

No hay duda que todo el libro respira donostiarrismo y que Iztueta nunca pudo olvidar la dicha de ver publicado su libro en la imprenta de Baroja.

San Sebastián en su Historia de Guipúzcoa

Múltiples son también las referencias a San Sebastián, que introduce en su “Guipuzcoaco condaira”, la primera historia escrita en vascuence y publicada dos años después de su fallecimiento, en 1847. Nosotros nos servimos aquí de la que publicó la *Gran Enciclopedia Vasca* en edición facsímil, por primera vez vertida al castellano. Por tanto, las referencias que traemos aquí corresponden a la paginación en castellano de la lujosa edición con más de 740 páginas.

En una breve síntesis de la mencionada obra hay que decir que Iztueta fue testigo de excepción de la historia y geografía de Guipúzcoa, de su euskera, de sus instituciones forales en los siglos XVIII y XIX, de los males que comenzaban a roer la cultura y la lengua vasca, de los remedios eficaces y certeros, que es ya inaplazable aplicarlos antes de que fuera demasiado tarde.

La obra consta de tres partes: la primera dedicada a los orígenes y al idioma de los vascos; la segunda parte abarca 13 capítulos, donde con verdadera maestría se ocupa de la naturaleza y cualidades de la tierra, los montes, las hierbas, las minas, las fuentes, los ríos, los árboles, los frutos, los animales, las aves, los peces y otras cosas más dignas de conocerse de la provincia de Guipúzcoa. La última parte consta de 25 capítulos que se refieren a la religión de los habitantes de Guipúzcoa, sus cualidades, disposiciones,

formas de trabajo, diversiones y costumbres, juntamente con las gestas de sus antepasados. Este es en síntesis el panorama que nos ofrece de la provincia Iztueta en su historia.

Espiguemos las alusiones a San Sebastián según el orden en que aparecen. En el capítulo tercero de la segunda parte (pág. 548):

1. Nos dice que “desde la punta de la elevada peña de Aralar, denominada Larrunarri, véase con claridad la mayor parte del territorio de Guipúzcoa: los montes y pueblos de Navarra, muchos parajes de Vizcaya y de Alava, así mismo cuántas son y de qué tamaño las embarcaciones surtas en el puerto de Donostía, habiendo de por medio ocho leguas”. Esto, como se observa, es un poco exagerado.

2. Sobre *las canteras* de Guipúzcoa (cap. V, pág. 554) nos advierte que “todo el término de Donostía se halla repleto de piedra arenisca. Basta echar una mirada a los hermosos edificios de esta memorable población que se ha renovado en corto plazo de tiempo; a su excelente plaza vieja y sobre todo a su magnífica Sede de Juntas (Ayuntamiento), en las que se nos manifiestan con evidencia, muchas y hermosas y magníficas piedras, extraídas en su misma jurisdicción, libradas y bien ajustadas, gracias a la ciencia de los grandes maestros guipuzcoanos”.

Nos habla después de la iglesia matriz, de la que escribe que “no son de menos valor los elevados y fuertes muros y la grandiosa iglesia parroquial de Santa María, fabricados ambos con anterioridad”. “En el año 1516 dieron comienzo a la construcción de las murallas y las acabaron el año 1542. La nueva iglesia de Santa María comenzó a ser edificada en el año 1743 y le dieron cima y remate en el año 1764. El exterior y el interior de esta iglesia adornados grandemente con toda clase de adornos que un hombre es capaz de realizar en piedra”. Escribe que “sale barata y que tiene mucha aceptación esta piedra arenisca, por su extracción tan cómoda, tan dulce en ser labrada... y que por esa razón tiene siempre mucha aceptación para muchos sitios.

Continúa que “el año 1832, transportaron de Donostia a Puerto Rico para pavimentar sus calles, 200.000 piedras sillares, de tres pies de medida hacia sus cuatro costados, pagando cada una diez y seis reales, y fuera de éstas se pregunta ¿quién es capaz de enumerar las piedras que llevan para moler el cacao y para afilar, en barcos llenos al tope hacia tierras lejanas?”.

3. De las *fuentes* (cap. VII, pág. 568) escribe que “la ciudad de Donostia posee una fuente en la Plaza Vieja, nutrida del agua que trae de siete manantiales de su demarcación, lanzando el líquido por ocho bocas de bronce, para suministro de los naturales, y que el filtro de estas aguas se halla instalado en el lugar denominado Izostegui, que es así mismo el nombre del primero de los siete manantiales..., el cual se halla a una distancia de 580 pies; el agua que administra ese manantial es inconstante y de las que se enturbian.

El lugar del segundo manantial –continúa– se designa con el nombre de Puyu, también hacia el Este del citado lugar de purificación a 2.445 pies de distancia sus aguas, no obstante ser constantes, se enturbian a poco tiempo de llover. Al tercer manantial se le denomina Aroztegui o Errizoco..., siendo él mismo el más lejano, ya que tiene una distancia de 2.750 pies del lugar de su nacimiento. También estas aguas se enturbian. El cuarto y quinto manantial se hallan hacia el ocaso con el nombre de Ayete y Melodi; además de ser constantes, son limpios, dulces y buenos, hallándose del lugar de purificación a 1.160 pies de distancia.

El sexto y el séptimo se le llama de “Santa Teresa”, a 1.570 pies de distancia; el otro es el llamado de Lazcano”, Iztueta escribe que “son constantes las aguas de estos dos últimos, pero que bastan unas gotas de lluvia para que se ensucien. Juntándose al lado de Izostegui, forman su secuencia, siguiendo por la banda izquierda del río Urumea, al pie del cerro... al embalse o depósito que se halla especialmente construido para ello en el barrio de San Martín en un curso de 4.800 pies de largo, y que de este depósito, penetran en el interior de la población, a la única fuente ya mencionada de la Plaza Vieja”.

Iztueta es un gran observador y como se ve muy detallista. Así podrá escribir que por los detalles que hemos revelado aquí, se concluye claro que desde la fuente de la Plaza Vieja hasta el manantial de Aroztegui hay 9.800 pies de longitud, pies de medida castellana. La profundidad de dichas aguas en invierno de siete dedos, en verano de cuatro. Sus embalses y caminos se hallan hechos con escaso esmero y fallos numerosos. Viendo esta ciudad o su intachable Ayuntamiento que las aguas del sólo manantial de Izoztegui, son de por sí escasas y enturbiadas, contempló el manantial que tiene su origen en el lugar denominado Madrigal, de agua cristalina, buena y abundante; el cual se halla en el barrio denominado barrio de Loyola, en la banda derecha del río Urumea, pero se dan serias dificultades para la traída de esta agua hasta el interior de la población. Dice que serían necesarios realizar trabajos de mucha dureza y por otra parte imposibles a la economía de la ciudad.

Lo propio sucede hacia el barrio del Antiguo, con las muy limpias, excelentes y abundantes aguas que vierte la colina grande del monte Igueldo. Se ven allí señales de grandes trabajos realizados alguna vez, pero actualmente abandonados, porque el trabajo de traída presenta mayores obstáculos que las mismas del Madrigal.

Concluye diciendo que bien cerca tiene asimismo la ciudad otra fuente, llamada “Chofre-eneco”, manando agua limpia y en abundancia por tres caños.

El cuarto río

De Guipúzcoa escribirá Iztueta que es el Urumea, el cual nace en el reino de Navarra en el valle de Basaburua menor, pertenecientes a la merindad de Iruña. No dejemos sin decir que Iztueta copia “ad pedem litterae” del *Diccionario Histórico-geográfico*, del año 1802.

Después de describir su curso, “dejando Astigarraga a mano derecha, sigue su curso en el intervalo de una legua,

por la parte baja de Alza, al famoso y poblado barrio de Loyola, donde encuentra las numerosas villas excelentes y dignas de ver que levantaron los “jauntxos” de Donostia para su recreo y solaz con hermosas fincas y jardines vistosísimos.

Al fin, bañando las murallas de la ciudad y dejando a ésta a mano izquierda, y pasando por debajo del puente de madera de Santa Catalina (que tiene 448 pies de largo por 26 de ancho), en el portillo llamado Zurriola se entrega al mar, con amor, lealtad, rebosante de gozo. De todas formas se puede interpretar en euskara la voz Urumea, en un caso, Ur-mea; en otro, Urre-mea.

Dice con Garibay y otros que los cosmógrafos en la antigüedad le designaban con el nombre de Melasco, pero que ya en el siglo XI ya se le llamaba Urumea, y se habla de construir una vía fluvial desde San Sebastián a Tolosa.

En el capítulo noveno (pgs. 585 y s.), escribe sobre *los astilleros* que en la zona de Santa Catalina habían existido, según atestiguan numerosos documentos antiguos, particularmente una Cédula de la reina doña Juana, y que también da a entender un título de Donostía, que se encuentra en el libro de Jorge Barraun, impreso el año 1576, cómo a la vista de esta ciudad solían estar fabricando naves y que el año 1650 existían astilleros cerquita del puente de Ergobia y que solían construirse naves hasta de 800 a 900 toneladas. Así tuvo lugar la botadura del navío, llamado almirante “Santa Ana”, ante la presencia del rey Felipe III.

En el capítulo décimo, pág. 597, hablando de *las hortalizas*, recuerda que el año 1831 le envió a Donostía un amigo de Aralar que pesaba 18 libras, “advirtiéndome que su planta se había puesto en la tierra el día 23 de junio, en el sel denominado Mendibil, y que la habían arrancado el 5 de octubre”.

Un poco más adelante, en el capítulo once (pgs. 606 y s.), tratando del *ganado vacuno y de las referencias campo-ciudad*, caserío-San Sebastián, escribirá que “cuando el comercio de San Sebastián se hallaba pujante, al pil-pil, con

negocios desmesurados, la agricultura nativa se hallaba por los suelos y así mismo la de los pueblos vecinos, como colgada y a punto de caer, porque todos los labradores iban en busca del fácil lucro. Pues es sabido que los labradores irán tras el dinero constante y sonante en calidad de sueldo y que no era posible dar en las cercanías de la ciudad ni con un sólo caserío que tuviera una vaca paridera o parida, aunque había en ciertos caseríos quienes poseían unas cuantas yuntas de bueyes para trabajos en el puerto y las calles. Se detiene a decir que estos boyeros salían de madrugada y de la ida de éstos, tanto en orden a sí como a sus familias. Mientras duró aquel comercio del mucho ruido, no hubo cosa buena en la labranza de los caseríos de la ciudad de San Sebastián. En la lucha dominaba la ciudad sobre el campo.

Tan pronto –continúa– como cayó el comercio, comenzó a levantar cabeza la labranza y que pronto comenzó a dar fruto abundante y valioso. Como 1.000 caseríos se cuentan pertenecientes a la jurisdicción de San Sebastián, y que ahora se hallaban prósperos. Y que la decadencia del comercio supuso más que daños beneficios para el labrantío.

En el capítulo 24, donde se narran las acciones gloriosas llevadas a cabo por guipuzcoanos en *el mar*, Iztueta escribe largamente sobre Oquendo, así como de los hijos ilustres de San Sebastián, copiando mucho del Dr. Camino, encargado de la redacción sobre San Sebastián para el Diccionario Geográfico-Histórico (pgs. 721 y 725-729).

Podíamos habernos prolongado en el comentario sobre otras noticias referentes a San Sebastián. Pero basta ya.

Iztueta fue un donostiarra, muy amante de la ciudad, vinculado a ella muy entrañablemente, así como a su Diputación y a los personajes que tenían algún puesto en esa y otras instituciones. Nada menos que veinticinco años arropan su vida en la ciudad que, por otra parte, dedicándole un monumento y un paso bien conocido. Iztueta pervive en el recuerdo y en la memoria de la ciudad.

